

lo contagioso que es la nostalgia. Gissing se ha contagiado sin darse cuenta de su mal. Cuando Maruxa Castro es esfumó de nuestra conversación y, tras el té reconfortante, mi amigo se puso a monologar, hablando conmigo como con su juventud perdida, sus palabras fueron algo así:

"Hoy he leído *La tempestad*. De los dramas de Shakespeare quizás sea el que más hondo me toque el corazón, y, como me figuro conocerlo mejor que a sus otros dramas, rara vez, al abrir el volumen que lo contiene, me detengo a leerlo. Pero, cuando lo hago, me ocurre, como siempre que releo a Shakespeare, que mi conocimiento es menos completo de lo que me había imaginado. Así ha de ser, así será, por larga que sea mi vida; así será, mientras aliente fuerzas para voltear las páginas y goce de lucidez para leerlas.

"Me gusta creer que *La Tempestad* es, como dicen, la última obra del poeta, y que la escribió en Stratford donde de día se paseaba en los campos que le enseñaron en su niñez a amar a la Inglaterra rural. Es fruta madura de imaginación suprema, arte perfecto de mano maestra. Para quien ha hecho ocupación de su vida el estudio de la lengua inglesa ¿qué júbilo puede igualarse al de observar paso a paso la feliz facilidad con que Shakespeare supera, en mero dominio de la palabra, cuanto triunfo lograron los que, aparte de él, son grandes? Plácese imaginar que, en *La tempestad*, trabajó con especial conciencia de su poder y que, al dictarle a su pluma el *ARIEL* que era su genio la palabra de felicidad inimitable, la frase de incomparable cadencia, él sonreía de deleite creador. Parece, en *La tempestad*, jugar con el idioma, divertirse descubriendo de nuevo sus recursos. De reyes a pordioseros, hombres de todos los rangos y de todo grado de mentalidad han hablado por sus labios; él ha dicho los cuentos del país de las hadas; ahora se complace, en su última obra, con la creación de un sér que no es ni hombre ni hada sino que está entre la naturaleza bestial y la humana, al que dotó con el don de la palabra que expresa sus propósitos. Y la palabra de esta creación, ¿qué sabor el que tiene de limo húmedo en el que hierve la vida, vida de criaturas que no pueden alzarse del suelo! No nos admiramos lo bastante de la palabra de ese monstruo; nos hacemos los tacaños de nuestra admiración porque nos quedamos cortos en capacidad apreciativa. He aquí que se opera un milagro a vista nuestra, y apenas si le prestamos atención; se ha vuelto tan familiar para nosotros como cualesquiera de las demás maravillas de la naturaleza en las que rara vez nos ponemos a pensar. *La tempestad* contiene, también, el más noble pasaje meditativo que puede hallarse en todos los dramas de Shakespeare; aquel que encarna la apreciación final, definitiva, que la vida le mereció al poeta y que es cita inevitable de cuantos pretenden dar en suma y resumen las enseñanzas de la filosofía. Finalmente, *La tempestad* alberga las canciones más exquisitas del poeta, sus más

tiernas escenas de amor, y un panorama del país de las hadas que—tal vez sea atrevido pensarlo—supera en brillantez hasta a la superlativa belleza del *Sueño de una noche de verano*. Me refiero al adiós que dice Próspero a los "elves of hills, brooks, standing lakes and groves." ; Otra vez el milagro! Estas son cosas que la repetición no puede volver rancias. Llégate a ellas con la frecuencia que quieras; las hallarás eternamente frescas como acabadas de acuñar en el cerebro del poeta. Como son perfectas, jamás podrán marchitarse por causa de la saciedad que nace de la percepción de imperfecciones; y no se puede saborear su virtud tan enteramente que no quede sabrosura para cuando el gusto se llegue a ellas otra vez.

"De las razones por las que me alegro de haber nacido en Inglaterra, cuento entre las primeras el poder leer a Shakespeare en mi lengua materna. Si me pongo a imaginar que soy individuo que no puede conocerle cara a cara, sino sólo oírle hablar de lejos, y eso en acentos que si no es por medio de laboriosa inteligencia no pueden tocarme el alma viva, me da frío de desaliento, siento la desolación de una gran pérdida. Me figuro que puedo leer a Homero, y, ciertamente, si hay hombre que goce leyéndolo, ése tal soy yo. Pero ¿puedo soñar un momento siquiera que el poeta me da toda su música, que su mundo es para mí como para quienes se paseaban en las playas helenas cuando existía la Hèlada? Sé que me llega del otro lado de un anchuroso tiempo sólo un eco, vago e incompleto; sé que sería esa voz más vaga todavía si no se confundiera con aquellos

recuerdos de juventud que son brillo de gloria de la primera edad del mundo. Y digo, desde el fondo de mi alma: ; Regocijese cada nación con su poeta, porque él es la patria misma: en él está toda su grandeza y su dulzura, toda su herencia incomunicable a otras naciones, por la que los hombres viven y dan la vida! Al cerrar mi tomo de Shakespeare, me embargan el amor y la reverencia. Si mi corazón en su plenitud se convierte hacia el supremo mago del verso o hacia la isla encantada que él encantó, es cosa que no sabría decir. No puedo dissociar al uno de la otra. En la reverencia y en el amor que esa voz de voces despierta, Shakespeare e Inglaterra se confunden para mí en unidad trascendental . . ."

Cuanto más dijo, no lo recuerdo. Yo había dejado de oír la voz de Gissing y pensaba en aquel amor y aquella reverencia que me poseyó el alma, que me hizo querer llorar, cuando, en mi mocedad, don Joaquín que me inició y me condujo largo trecho en el sendero de la apreciación literaria, me hizo saborear el castellano en toda su dulzura al leernos en clase la serranilla eternamente fresca del Marqués de Santillana "Moza tan hermosa", y después, la canción de cuna de Lope de Vega "Angeles santos que andáis en las ramas," y después, aquello de Darío: "La dulzura del ángelus matinal, tan divina," y, como nunca, sentí grande y honda y digna de todo amor la Patria Grande nuestra de toda España y toda la América española. Ahora que en España ya no hay reyes, ¿qué natural es amar a España, sentirnos españoles, llamarla madre, llamarla hermana, los nombres más dulces!

Persiles

Heredia, junio, 1931.

Estampas

— Colaboración directa —

La prole siniestra de los succionadores públicos
Los pueblos muertos por ausencia de cultura

Los biógrafos hacen hasta de los detalles mínimos de las vidas accesibles a su curiosidad literaria, miradores por donde el lector asome la reflexión. De su maestro Plotino refiere Porfirio que, teniendo ya ocho años de edad y estando bajo la instrucción de un preceptor literario, solía frecuentar a la que había sido su nodriza, le descubría apresurado el pecho y se ponía a mamar lleno de avidez.

Cuando leímos ese paseje seguimos atentos el relato, buscando un gran hecho del maestro que tuviera arraigo en ese detalle mínimo, y justificara así al discípulo indiscreto. Pero la leche robada al pecho succionado no circuló por el torrente de la filosofía del autor de las *Enneadas*. Porfirio pudo bien olvidar la simpleza oída al maestro sin que su biografía resultara desentonada.

Reflexionamos en ese detalle, buscamos semejanzas, relaciones que hagan posible el comentario. Los Plotinos sin *Enneadas*, que es decir, las vidas estériles, cunden en todos los pueblos, llenos del vicio terrible de estar pegados al pecho que suelta leche y hasta sangre. No hay edad para esa prole lozana que crece ostentando una habilidad refinada para chupar. Cuando la avidez la lleva a hacer de los pechos de una patria el con-

ducto del cual fluye la nutrición fácil y segura, puede decirse que esa patria padece un mal terrible, detestable como las plagas bíblicas. La prole de los succionadores públicos es universal, con lo cual decimos también que es fatal. Lo que aquí ocurra por causa de ella, con seguridad ocurre también en puntos del globo de mayor o menor civilización que el nuestro.

No hay que pensar que su arte de chupadores se circunscribe a los pezones que hinche el dinero. En una patria chupan con avidez todo lo que dé honores, comodidades, granjerías, acatamientos. Casi puede decirse que el jugo de esa nutrición sólo ellos saben sacarlo. ¿Qué devuelven en cambio de tal succionamiento? No encuentra el observador ningún beneficio que sea la compensación. Viven las patrias debilitadas, sacrificadas, expuestas a millares de influjos enfermizos. Van perdiendo capacidad no sólo para crecer, sino para resistir la penetración que las reduce al vasallaje extraño. Desgraciadamente los que así acaban con la vida de una patria, saben mantenerse siempre activos, indestronables.

Lo que a la mayoría de la gente indigna es que esa prole chupe el dinero de un pueblo. Y es natural que por ser cosa tan visible el dinero no se